

Católicos anónimos

miguel ángel granados chapa

En la biografía de un hombre original, poliédrico y enigmático como Gabriel Zaíd Giacomán no es difícil hallar caras que escapan a la atención de ^alos ^acríticos ^eliterarios, género que usualmente se ocupa de los trabajos y los días de un escritor. La reflexión de Zaíd sobre la cultura católica, y su propia participación en ella es el asunto que se desarrolla con brevedad en las siguientes líneas.

En dos números de Vuelta, 156 y 162, correspondientes a noviembre de 1989 y mayo de 1990, encontramos la exposición organizada de esta preocupación de Zaíd. Un extenso texto suyo en la primera de esas entregas, titulado "Muerte y resurrección de la cultura católica" examina la cuestión desde un ángulo teórico, hitórico y sociológico, y sirve de entrada a un examen de "La tradición católica y los escritores mexicanos", bajo el cual Zaíd mismo agrupó textos de Vasconcelos, Reyes, Octavio Paz, Antonio Gómez Robledo, Enrique González Pedrero, Hugo Hiriart, Jean Meyer y Guillermo Tovar.

Pero ya antes, en "López Velarde, civilista" (Vuelta, No 141, agosto de 1988) y otras referencias al autor de La sangre devota, Zaíd se detuvo en las implicaciones que tuvo, para la recepción de su obra poética, el que el escritor jerezano además de vivir en la provincia y estar al margen de las corrientes intelectuales prevalecientes, fuera miembro del Partido Católico Nacional y, más ampliamente, un convencional hijo de la Iglesia.

Algunas de las proposiciones centrales de Zaíd ubican el problema: "Mientras la cultura católica fue la cultura dominante, no se justificaba señalar a los católicos, sino a los gentiles, paganos, infieles, apóstatas, cismáticos, herejes, libertinos, excomulgados. La cultura católica no era católica, era simple y sencillamente la cultura. Cuando deja de serlo, la situación se invierte. El escritor señaladamente católico (Claudel, Chesterton, Papini) es un heterodoxo que se gana el derecho de admisión en el discurso dominante, un creyente de creencias que hemos dejado atrás, que insiste en hablar con nosotros y que lo hace tan bien que, aunque quisiéramos, no lo podemos ignorar. Tiene que dominar el discurso moderno, sin dejar de

Colofón.

Esta reforma electoral, es complementaria de la reforma política, aquélla que debe abarcar temáticas tan importantes como la separación del poder y del partido en el poder; el equilibrio entre los poderes del Estado; la estructura de Federalismo; la reforma del Poder Judicial; la reglamentación del Derecho de los ciudadanos a la información y demás cuestiones de trascendencia.

Creel, Grausados, Ortiz, Pozos, Woldenberg

ser católico; ser bilingüe, bicultural, casi un antropólogo, capaz de situarse en ambos discursos, desde dentro y desde fuera."

Y: "La readmisión de la cultura católica por la puerta de atrás, como una especie de minoría étnica que tiene derecho a convivir dentro de la cultura moderna, fue aprovechada por los católicos más modernos, no sin problemas con el gueto del cual provenían y de la cultura dominante a la cual se integraban. Un escritor católico ya no podía ser, simple y sencillamente, un escritor. Tenía que ser señaladamente católico, el vocero de una tribu menospreciada que llegaba hasta el foro universal".

Con claves de ese género, Zaíd examina la cultura católica contemporánea, con un dejo de nostalgia. A la desaparición de los hermanos Méndez Plancarte, de don Angel María Garibay, "no hubo humanistas de su capacidad de liderazgo que los sustituyeran y después de su muerte llegó...la puntilla para la cultura eclesiástica: la Iglesia abandonaba el latín, se concentraba en la preocupación social". Y si bien reconoce que hay entre los jóvenes poetas mexicanos a los que reunió en asamblea una nueva dimensión religiosa del hombre y del mundo, el diagnóstico de Zaíd no presenta una visión optimista respecto del estado de la cultura católica, así sea la de los sacerdotes o la de los laicos.

Quizá es posible encontrar señales que completen el panorama, y lo actualicen, y entonces el dictamen de nuestro homenajeado quizá cambiara. Acaso llevado por su escepticismo respecto de la educación universitaria, en el análisis de Zaíd no hay espacio suficiente para la presencia de las instituciones de enseñanza superior de signo católico, a las que habría que inscribir necesariamente en la cultura con esa adjetivación. Si bien responden a orientaciones diversas dentro del catolicismo, el papel de la Universidad Iberoamericana, de la Anáhuac, de la Autónoma de Guadalajara y otras de análoga identidad no puede ser soslayado. Especialmente la primera, que ha rebasado ya el medio siglo y resume la experiencia universitaria jesuita, agrega a sus funciones docentes tareas de investigación y difusión cultural, especialmente en el ámbito de las publicaciones, que le dan carácter de centro de irradiación de valores.

Igualmente, se tiene una mejor noticia de la cultura católica contemporánea si el campo no se agota en la literatura y se incluyen otras artes, como la música donde es imprescindible advertir la presencia de Miguel Bernal Jiménez, o de la pintura, donde por sí y por contraste con sus iguales descuella el catolicismo de José Clemente Orozco. Y si se tratara de actualizar los datos de la presencia cultural católica en el campo donde se centra la atención de Zaíd, no podría dejar de mencionarse la resurrección de la editorial Jus, fundada con vocación católica por don Manuel Gómez Morín, que ha abandonado su talante conservador y tradicionalista y hasta nos surte ahora, si bien con retraso, los textos fundamentales de Simone Weil. Tampoco podrían dejar de reseñarse la irrupción de revistas como Ixtus, una publicación trimestral de "espíritu y cultura" precisamente, a la que no son ajenas las preocupaciones sociales, pues sus números recientes los dedicó a la sublevación zapatista en Chiapas y a las elecciones de agosto. No por su vinculación concreta a coyunturas como esas habría que dejar de lado, en una consideración amplia de la cultura católica de hoy, el activismo católico en la defensa de los derechos humanos, que no por ser militante y no contemplativo escapa a los anchos confines del catolicismo cultural.

Pero lo que importa es Zaíd, que en este, como en otros terrenos, no sólo teoriza o historia, sino también practica. Lo ha hecho en su juventud y lo hace en su madurez. No me refiero a su práctica religiosa, asunto enteramente suyo (que lo es en todos los casos y de modo particular en el de Zaíd, tan vehementemente defensor de su intimidad) sino a sus iniciativas en el ámbito de la cultura católica.

Hace treinta años, a la mitad del camino de su vida, el ingeniero Zaíd fue un importante patrocinador de edición castellana de la revista quincenal Informaciones católicas internacionales. Surgida a mediados de los cincuentas en Francia, la publicación del mismo nombre (devenida hoy en L'Actualité Catholique) era el eje de un centro de reflexión espiritual en el bulevar Malesherbes, destinado a colocar a "Cristo en el mundo". Junto con Gaspar Elizondo, que fue el sufrido gerente, y el apoyo de Zaíd, Lorenzo

Servitje y otros mecenas, la versión española sobrevivió durante nueve años, de 1963 a 1972. Naturalmente sin referir su propia participación en ella, Zaíd la ha llamado "El Despertador Americano" del catolicismo de vanguardia visto desde París", en referencia al periódico que por órdenes de Hidalgo imprimió en la alborada de la Independencia el cura Francisco Severo Maldonado.

Informaciones católicas internacionales contribuyó a organizar la inquietud católica que condujo al Concilio Vaticano II. En sus páginas, junto a abundantes noticias sobre las iglesias particulares, que daba cuenta de la diversidad en la unidad, florecía el pensamiento católico de avanzada. Karl Rahner, Oscar Cullman, Bernard Haring, Henri de Lubac, Hans Kung, los propulsores del Concilio difundían en esas páginas las ideas que condujeron a ese breve verano en que la Iglesia se acompañó con el mundo, y tendió la mano a los hermanos separados y a los no creyentes, en su intención que luego resultaría vana por interrumpir las muchas Noches de San Bartolomé que han desdicho de su vocación humana. En Informaciones Católicas Internacionales escribió también con esa orientación Jean Danielou, convertido después en cardenal sin ser obispo, y muerto en circunstancias predicamentosas. En esa revista, en fin, fue posible seguir paso a paso los avatares del Concilio, mediante la lectura de "Los apuntes del padre Congar", un recio dominico que ha superado crisis tras crisis de censura y todavía a fines de octubre pasado se permitió un lapidario juicio sobre el sacro colegio cardenalicio, enriquecido con treinta nuevos miembros, dos de ellos mexicanos.

Informaciones Católicas Internacionales vivió algún tiempo adosada a la librería Biblia, Arte y Liturgia, fundada por los benedictinos del padre Lemercier y no tardó en seguir su suerte, precipitada por el entredicho en que fue puesta la práctica del psicoanálisis en Santa María Ahuacatlán. La revista padeció siempre limitaciones financieras, enfrentadas con generosidad por Zaíd y el resto de los patrocinadores. Zaíd, que no era entonces como no es hoy un hombre de caudales pecuniarios, estuvo a punto de vender su automóvil para encarar el agudizamiento de una crisis, antes de que finalmente la publicación cerrara.

Treinta años después del comienzo de aquella iniciativa, Zaíd anima otra. Es la reunión bimestral de un cenáculo, dicho en sentido estricto y por lo tanto no peyorativo, cuyos integrantes, laboriosos todos, creadores todos, espirituales todos y todos hombres en el mundo, se reúnen para reflexionar sobre los temas de la hora. Junto con Zaíd, participan Alvaro Mutis, Jean Meyer, Julio Hubbard, Javier Sicilia, Ignacio Solares, a veces Vicente leñero. No forman un club, ni sus deliberaciones pretenden agregarse al torrente verbal que agita y complica la vida pública mexicana. Siendo tan conocidos, tan leídos, tan laureados, sus integrantes se llaman a sí mismo, medio en serio, medio en broma, Católicos Anónimos.

Zaid es uno de ellos.

Con su fe sencilla y directa, con
su nombre inmenso, BZ es eso,
un católico anónimo